

PEÑA AMAYA (BURGOS)

La comarca de las Loras es compartida por las provincias de Palencia y Burgos, con una geología caliza donde las verticales paredes, simas, cuevas, dolinas, pequeños karts y valles tienen su reino. Las Loras son pequeños afloramientos calizos de escasa elevación que apenas superan los 1.300 m. donde los pinos de repoblación, chopos, algunas encinas, el pastizal de altura y exiguas poblaciones de matorral, enebros, brezos, tojos y plantas silvestres sirven de cobijo y alimento a jabalíes, zorros, corzos y pequeños mamíferos, reptiles e insectos, mientras sus cielos están surcados por el majestuoso vuelo de los buitres leonados y alguna pareja de alimoches.

Si la historia geológica de estas magníficas atalayas, desde donde poder admirar las extensas parameras y vegas burgalo-palentina situadas al S o la excelsa panorámica de la vertiente meridional de Los Picos de Europa y la Cordillera Cantábrica, con los Picos Espigüete y Curavacas en primer plano, es digna de estudio por parte de geólogos, con la Cueva de los Franceses, Covalagua, Las Tuerces, los Cañones de Rudrón y el Ebro o el Pozo Azul como fenómenos naturales más representativos, no es menos interesante su largo historial antropológico, principalmente de la Lora o Peña Amaya desde sus primeros pobladores de la Edad del Bronce, al posterior asentamiento hacia el S. IX a.C. de los blendios, tribu celta que pertenecían a la más amplia denominación de pueblos cantabros, que aprovechando las especiales características orográficas de la zona ofrecieron una tenaz resistencia primero a la ocupación cartaginense y más tarde a los romanos durante un largo lustro, del año 29 al 19 a.C., siendo necesaria la presencia del propio Emperador Octavio. Los romanos mantendrán el enclave creando la ciudad de Amaya. Con la decadencia del Imperio

Romano la ciudad gozará de un régimen de autogobierno hasta la llegada de los visigodos, cuyo rey Leovigildo ordenó la muerte de sus dirigentes, manteniéndola como fortaleza militar hasta la llegada de los árabes que la ocupan. Con el inicio de la Reconquista va pasando indistintamente de moros a cristianos o viceversa, hasta que los primeros optan por destruirla y no será hasta los inicios de la segunda mitad del S. IX cuando Ordoño I de Asturias ordena al Conde Rodrigo repoblar y construir una sólida fortificación al amparo de las defensas naturales que ofrece la Peña del Castillo, controlando así las amplias y fértiles tierras situadas al sur, con el avance de la Reconquista la ciudad fue perdiendo su importancia como baluarte defensivo abandonando sus gentes las áridas tierras altas bajando a las más provechosas tierras situadas a sus faldas, donde sus habitantes se dedicarán a la agricultura y ganadería, siendo aún el "modus vivendi" de sus escasos pobladores, junto con el turismo rural.

Y va a ser aquí, en la villa de Amaya, situada a 986 m., donde vamos a dar inicio a nuestras actividades de montaña en este bisiesto 2012 recorriendo los parajes de Peña Amaya, denominación que abarca a La Peña, La Muela y El Castillo, y para ello partimos de su plaza principal donde varios paneles informativos nos ilustran sobre su historia y el recorrido a seguir. Encaminamos nuestros pasos en dirección a su iglesia parroquial, con hermosa portada gótica y torre del S. XVI, donde una original y artística fuente nos brinda su refrescante líquido, detrás de la iglesia unas señales del PRC-BU 200 y una chapa con la leyenda "Peña Amaya", las dejaremos a nuestra derecha encaminándonos hacia el cementerio (1000 m.) y por el sendero que parte a su diestra alcanzar la pista, por la que va el itinerario que los paneles nos detallaban, nosotros nos limitamos a cruzarla y siguiendo unas roderas irnos elevando, unas veces por sendero otras aprovechando los escalones naturales que el terreno nos ofrece, la ladera tapizada de minúsculas matas de brezo y tojo en dirección a una enorme roca, desprendida de los altos e inaccesibles farallones que nos cortan el paso, una alambrada y media docena de "desnudos" chopos (1100 m.), que cual vigías controlan el tajo que durante milenios ha ido horadando el arroyo Hongarrera, vía de acceso a La Peña, primera muralla natural de La Lora, entre las blanquecinas rocas y el exiguo regato transcurre un estrecho sendero con algún hito que desemboca ante un espolón (1140 m.) del que pareciera brotar "nuestro" arroyo, para evitar el cerrado matorral que invade el sendero "trepamos" la pared de nuestra izquierda, un hito (1150 m.) nos descubre una canal con restos de lo que parece ser una antigua calzada, la cruzamos y otro hito nos señala por donde seguir, abandonamos en pocos metros el sendero que bordea el espolón y subimos "a cañón" hasta alcanzar el antiguo canal que surtía de agua a la villa, un hundimiento del terreno obligo a su abandono, por él seguimos hacia el E hasta su nacimiento, en el lugar donde vadeamos el Hongarrera, proseguimos en suave ascensión, hasta una roca, a la derecha, con las marcas del PR y un poco más adelante bordeamos otra roca situada a la izquierda, bastante más grande que la anterior y también con las marcas amarillas y blancas, varias piedras con las marcas nos dirigen por un descompuesto terreno hasta la base de La Muela (1270 m.), a cuya pedregosa meseta (1300 m.) llegamos por una rocosa canal bordeada de pequeñas encinas, una suave y prolongada subida nos lleva hasta un para-vientos (1345 m.), en lontananza divisamos lo que parecen ser unas ruinas y hacia ellas nos dirigimos pasando por un viejo chozo de pastor (1336 m.), en un estado aceptable, bordeamos un pequeño humedal, curiosidad geológica en este calizo terreno, alcanzamos las supuestas "ruinas" que resultan ser un destechado chozo y el vértice geodésico de Peña Amaya (1370 m.) con buzón y placa del Club Mirandés de Montaña (fechado el 13-VI-82 y una altitud de 1377 m.), acercándonos a su borde podemos ver a vista de pájaro los pueblos que se asientan en la depresión que forman las peñas de Amaya, La Ulaña, al E, y Albacastro, al N., que son de E a O Humada, Fuenteodra, Rebolledo de Traspaña. Regresamos circunvalando el borde norte de La Muela, señalado con hitos marcados, hasta llegar a un campo de mojones, las marcas nos llevan a una herbosa canal (1300 m.) por la que descendemos hacia el Valle de Albacastro, al finalizar la canal el sendero (1250 m.) nos lleva, en dirección O, por la base de las verticales paredes y si prestamos atención encontraremos una cuerda instalada, que en teoría lleva a ninguna parte, poco antes de un collado (1259 m.), aquí las marcas nos dirigen por la derecha de la Peña El Castillo, nosotros seguimos por la izquierda de éste y enseguida dos canales nos invitan a subir, por la primera accedemos directamente a la cumbre de El Castillo (1311 m.), desde donde aparte las magníficas vistas que se nos ofrecen (si el tiempo lo permite) podemos observar las excavaciones que se han llevado a cabo en busca de los restos arqueológicos de la antigua fortaleza, por debajo tenemos el castro de la antigua Amaya.

Retornamos hasta el inicio de la canal que desechamos para subir y por la que tampoco vamos a bajar pues si así lo hiciéramos nos perderíamos poder pasear por parte de la historia de estos pagos, la prolongación de esta canal, a la derecha, nos deja en una tapizada senda (1200 m.) que siguiéndola hacia oriente la abandonamos tras una imperceptible subida para acercarnos aparte de las ruinas del primitivo castro, por debajo de él tenemos el depósito (1180 m.) donde rendía sus aguas el pequeño canal por el que hemos caminado en nuestra aproximación a La Muela, ya solo nos resta descender hasta el hito (1150 m.) que encontramos en nuestra "trepada" a La Peña y desandando nuestros pasos nos dirigimos de nuevo hasta la Villa de Amaya (986 m.), finalizando esta ruta por la geología y la historia de estos lugares origen de la Vieja Castilla.

